

La Vieja, Vieja Historia

NO. 446

**Sermón predicado el Domingo 30 de Marzo de 1862,
por Charles Haddon Spurgeon,
En el Tabernáculo Metropolitano, Newington.**

***“A su tiempo Cristo murió por los impíos.”
Romanos 5:6.***

Se encuentra hoy, presente entre nosotros un Doctor en Teología que me escuchó predicar hace ya algunos años. Desde su lugar de residencia en los Estados Unidos, nos visita nuevamente hoy. No pude evitar imaginarme, cuando vi su rostro hoy, que él va a pensar que estoy obsesionado con este viejo tema, y que entono siempre la misma melodía; que no he avanzado ni una pulgada en ningún dominio del pensamiento, sino que sigo predicando el mismo viejo Evangelio de la misma vieja manera que lo he hecho siempre. Si pensara eso estaría en lo cierto. Yo supongo que me parezco al señor Cecil cuando era niño. Su padre le pidió en una ocasión que lo esperara en una determinada puerta hasta que él regresara, y así el padre, siendo un hombre muy ocupado, anduvo recorriendo la ciudad; y en medio de sus numerosos cuidados y compromisos, se olvidó del muchacho. Cayó la noche, y finalmente cuando el padre llegó a su casa, hubo una gran conmoción en relación al paradero de Ricardo. El padre dijo: “Dios mío, lo dejé desde temprano en la mañana parado esperándome frente a tal y tal puerta y yo le pedí que se esperara allí hasta que yo fuera por él; no me sorprendería que todavía estuviera esperándome allí”. Así que fueron, y allí encontraron al muchacho. No es una vergüenza imitar tal ejemplo de tan simple fidelidad infantil. Hace algunos años yo recibí instrucciones de mi Señor de estarme al pie de la cruz hasta que Él viniera. No ha venido aún, pero estoy decidido a esperarlo allí hasta que venga. Si yo desobedeciera sus instrucciones y abandonara esas simples verdades que han servido de instrumento para convertir a tantas almas, no sé cómo podría yo esperar su bendición. Aquí estoy pues, al pie de la cruz repitiendo la misma vieja, vieja historia, rancia como podría sonar a oídos que tienen comezón de oír, y gastada y raída como la consideran sus críticos. Yo amo hablar de Cristo-del Cristo que amó, y vivió, y murió en lugar de los pecadores, el justo por los impíos, para poder llevarnos a Dios.

Es algo curioso, pero así como dicen que los pescados se comienzan a descomponer por la cabeza, así los teólogos modernos generalmente comienzan a equivocarse en relación a la doctrina fundamental y mas importante del trabajo vicario de Cristo. Casi todos nuestros errores moder-

nos, y yo diría que todos, comienzan por ser errores acerca de Cristo. A los hombres no les gusta predicar siempre lo mismo. Hay atenienses en los púlpitos y en las bancas de las iglesias que no hacen otra cosa sino escuchar algo nuevo. No se contentan con decir repetidamente, una y otra vez, este simple mensaje “El que cree en el Señor Jesucristo tiene vida eterna”. Así que toman prestadas ciertas novedades de la literatura y maquillan la Palabra de Dios con palabras enseñadas por la sabiduría humana. Envuelven en misterio la doctrina de la expiación. La reconciliación por medio de la sangre preciosa de Jesús deja de ser la piedra angular de su ministerio. Su propósito principal es adaptar el Evangelio a los deseos enfermizos y a los gustos de los hombres, por encima de cualquier intención de reformar la mente y renovar el corazón de los hombres para que puedan recibir el evangelio tal como es. No podemos decir adónde van a parar los que dejan de seguir al Señor con un corazón verdadero y sin divisiones, descendiendo desde una profundidad a otra mayor hasta ser recibidos por la negrura de la oscuridad a menos que la gracia lo impida. Solamente esto pueden tener por cierto—

***“No pueden tener razón en todo lo demás,
A menos que digan la verdad acerca de Él.”***

Si no entienden la verdad acerca del propósito de la cruz, están podridos por doquier. “Porque nadie puede poner otro fundamento que el que está puesto, el cual es Jesucristo”. En esta Roca hay seguridad. Podemos equivocarnos con mayor impunidad en otros puntos, pero no en éste. Los que están contruidos sobre esta Roca, aunque agreguen ellos mismos luego madera, heno y hojarasca para su terrible confusión, ya que la obra de cada uno el fuego la probará, ellos mismos serán salvos, pero apenas como por fuego. Ahora, esa importantísima doctrina que reconocemos como la piedra angular del sistema evangélico, la mismísima piedra angular del Evangelio, esa importantísima doctrina de la expiación de Cristo, queremos repetirla nuevamente ante ustedes, y luego, sin intentar justificarla, ya que eso lo hemos hecho cientos de veces, sacaremos enseñanzas prácticas de esa verdad que ciertamente sigue siendo válida entre nosotros. Como el hombre había pecado, la justicia de Dios requería que se aplicara el castigo. Dios había dicho: “El alma que pecare morirá”; y a menos que Dios pueda equivocarse, el pecador debe morir. Más aún, la santidad de Dios lo requería, pues el castigo estaba basado en la justicia. Era justo que el pecador tuviera que morir. Dios no había aplicado un pena más severa que la que tenía que aplicar. El castigo es el resultado justo de la ofensa. Por tanto, hay dos alternativas: o Dios deja de ser santo o el pecador debe ser castigado. La verdad y la santidad imperiosamente requerían que Dios levantara su mano y golpeará al hombre que había que-

brantado su ley y ofendido su majestad. Cristo Jesús, el segundo Adán, la cabeza federal de los elegidos, se interpuso como mediador. Se ofreció para sufrir el castigo que los pecadores debían sufrir; se comprometió a cumplir y honrar la ley que ellos habían quebrantado y deshonrado. Se ofreció para ser el árbitro, la fianza, un sustituto, tomando el lugar, el puesto y la condición de los pecadores. Cristo se convirtió en el vicario de su pueblo al sufrir de manera vicaria en lugar de ellos; cumpliendo de forma vicaria lo que ellos no tenían la fortaleza de cumplir por la debilidad de la carne a consecuencia de la caída. Lo que Cristo se comprometió a hacer, fue aceptado por Dios. A su tiempo Cristo realmente murió, y llevó a cabo lo que había prometido hacer. Asumió cada pecado de su pueblo y sufrió cada golpe de la vara a causa de esos pecados. Sorbió en un solo horrible trago todo el castigo de los pecados de todos los elegidos. Tomó la copa; la puso en sus labios; sudó como gruesas gotas de sangre cuando dio el primer sorbo de esa copa, pero no desistió, sino que siguió bebiendo y bebiendo y bebiendo, hasta la última gota y volteando la copa hacia abajo dijo: “¡Consumado es!” y en un solo sorbo de amor, el Señor Dios de la salvación había borrado completamente la destrucción. No quedó ni un solo vestigio, ni siquiera el menor residuo; Él sufrió todo lo que se debió haber sufrido; terminó con la trasgresión y puso un fin al pecado. Más aún, Él obedeció la ley del Padre en todos sus alcances; Él cumplió esa voluntad sobre la cual había dicho desde tiempos antiguos-”Anhele tu salvación, oh Jehová, y tu ley es mi delicia”; y habiendo ofrecido tanto una expiación por el pecado como el total cumplimiento de la ley, subió a lo alto, tomó su asiento a la diestra de la Majestad en el cielo, esperando desde entonces hasta que sus enemigos sean puestos como escabel de sus pies e intercediendo por aquellos a quienes compró con su sangre para que puedan estar con Él donde Él se encuentra. La doctrina de la expiación es muy sencilla. Simplemente consiste en que Cristo ha tomado el lugar del pecador; Cristo es tratado como si fuera el pecador, y por tanto el trasgresor es tratado como si fuera justo. Es un cambio de personas; Cristo se convierte en el pecador; se coloca en el lugar del pecador; fue contado entre los trasgresores; el pecador se convierte en justo; se coloca en el lugar de Cristo y es contado entre los justos. Cristo no ha cometido pecado alguno, pero asume la culpabilidad humana y es castigado por la insensatez humana. Nosotros no tenemos justicia propia, pero asumimos la justicia divina; somos recompensados por ella, y somos aceptados ante Dios como si esa justicia proviniera de nosotros mismos. “A su tiempo Cristo murió por los impíos”, para poder borrar sus pecados.

Mi objetivo no es demostrar esta doctrina. Como dije antes, no hay necesidad de estar discutiendo siempre lo que sabemos que es verdad. Mas bien dediquemos unas sentidas palabras *alabando esta doctrina de la ex-*

piación; y posteriormente la presentaré para fines de una aplicación práctica para aquellos que aún no han recibido a Cristo.

I. En primer lugar, A MODO DE ALABANZA. Hay algunas cosas que podemos decir en favor del Evangelio que proclama la expiación como su principio fundamental. Y lo primero que vamos a decir acerca del Evangelio es: ¡*cuán simple* es cuando se le compara con todos los esquemas modernos! Hermanos, esa es la razón por la cual no les gusta a nuestros grandes hombres, es demasiado simple. Si ustedes van y compran ciertos libros que enseñan cómo preparar sermones, encontrarán que la esencia de la enseñanza es ésta—seleccionen todas las palabras difíciles que puedan encontrar en todos los libros que lean durante la semana, y luego viértanlos sobre la congregación el domingo; y habrá un grupo de personas que siempre aplaudirán al hombre al que no pueden entender. Son semejantes a la anciana a quien se le preguntó al regresar de la iglesia, “Entendiste el sermón?” “No”; contestó, “No tendría esa presunción”; ella creía que era una presunción intentar comprender al ministro. Pero la Palabra de Dios se entiende con el corazón y no hace extrañas demandas al intelecto.

Ahora, nuestra primera alabanza a la doctrina de la expiación es que ella misma se hace recomendable *al entendimiento*. El viajero puede comprender esta verdad de la sustitución sin ninguna dificultad, aunque su intelecto sea apenas un grado superior al de un tonto. ¡Oh, estos teólogos modernos, harán cualquier cosa para quitarle la importancia a la cruz! Cuelgan sobre esa cruz los adornos chillones de su elocuencia, o la presentan envuelta en los oscuros conjuros misteriosos de su lógica y cuando el pobre corazón atribulado mira hacia arriba para ver la cruz no ve nada allí excepto humana sabiduría. Repito otra vez, no hay nadie aquí presente que no pueda entender esta verdad, que Cristo murió en lugar de su pueblo. Si tu pereces, no será debido a que no puedas comprender el evangelio. Si te vas al infierno, no será porque no fuiste capaz de entender cómo Dios puede ser justo y a pesar de ello, ser también el que justifica al impío. Es sorprendente que en nuestra época se conozca tan poco acerca de las verdades evidentes reveladas por la Biblia; pareciera advertirnos continuamente cuán simples debemos ser al exponer esas verdades. Me he enterado de la historia del Sr. Kilpin. En una ocasión, él estaba predicando un sermón muy bueno de manera ferviente, cuando usó la palabra “Deidad”, y un marinero que le escuchaba, se inclinó hacia delante y le dijo “Disculpe señor, le ruego que me diga quién es el señor Deidad. ¿Se refiere usted al Dios Todopoderoso?” “Sí”, le contestó el Sr. Kilpin, “me refiero a Dios, y no debí haber usado una palabra que usted no pudiera comprender”. “Le agradezco mucho, señor”, respondió el marinero, quien pa-

reció devorar todo el resto del sermón, demostrando un profundo interés hasta el final. Ahora, ese pequeño incidente es simplemente un índice de lo que prevalece en cualquier lugar. La predicación debe de ser simple. Una doctrina de la expiación que no sea simple, una doctrina que nos lleve de Alemania, que requiera que un hombre sea todo un erudito antes de que pueda comprenderla, y que sea todavía un adepto mayor antes que pueda compartirla con los demás-tal doctrina obviamente no es de Dios, ya que no es adecuada para las criaturas de Dios. Podrá ser fascinante para uno entre mil, pero no es adecuada para los pobres de este mundo que son ricos en fe; no es adecuada para los pequeños a quienes Dios ha revelado las cosas del reino mientras que las ha escondido a los sabios y prudentes. Siempre pueden ustedes juzgar una doctrina de esta forma. Si no es una doctrina sencilla, no viene de Dios; si los deja perplejos, si es una doctrina que no pueden ver claramente al instante debido al misterioso lenguaje que la envuelve, pueden comenzar a sospechar que es una doctrina humana, y no la Palabra de Dios.

Y la doctrina de la expiación no debe ser alabada por su simplicidad únicamente, sino que además de adecuarse al entendimiento, también es *adecuada para la conciencia*. ¡No hay lengua que pueda describir cómo satisface a la conciencia! Cuando un hombre cobra conciencia y su conciencia lo atormenta, cuando el Espíritu de Dios le ha mostrado su pecado y su culpa, no hay nada que le pueda traer la paz sino sólo la sangre de Cristo. Pedro, puesto de pie en la proa del bote pudo haber dicho al viento y a las olas, “Paz, no se muevan”, pero estos elementos hubieran rugido sin detenerse con furia incontenible. El Papa de Roma, que pretende ser el sucesor de Pedro, puede alzarse con sus ceremonias y decir a la conciencia atormentada, “Paz, ten tranquilidad”, pero no cesará su terrible agitación. El espíritu inmundo que trae a la conciencia tanta agitación le grita al Papa: “A Jesús conozco, conozco su cruz, ¿pero quién eres tú? Sí, y no podrá ser echado fuera. No hay absolutamente ninguna oportunidad de encontrar una almohada para la cabeza adolorida por la acción del Espíritu Santo, salvo la expiación y la obra terminada de Cristo. Cuando el señor Robert Hall fue a predicar por primera vez a Cambridge, casi todos sus habitantes eran unitarios. Así que él predicó acerca de la doctrina de la obra terminada de Cristo y algunos de sus oyentes se acercaron y le dijeron: “señor Hall, esto no va a funcionar”. “¿Por qué no?”, preguntó él, “Pues porque su sermón es adecuado únicamente para ancianas”. “¿Por qué es adecuado únicamente para ancianas?” inquirió el señor Hall. “Por que están a punto de desplomarse en sus sepulcros y buscan consuelo y, por tanto, es muy adecuado para ellas pero no para nosotros”. “Muy bien”, dijo el señor Hall, “ustedes me han dado todos los cumplidos que yo pudiera pedir; si esto es bueno para ancianas al borde de la tumba, debe

de ser bueno para ustedes si están en la plenitud de sus sentidos, ya que todos nos encontramos al borde de la tumba”. Aquí encontramos, ciertamente, una de las principales características de la expiación, que nos consuela frente al pensamiento de la muerte. Cuando la conciencia es despertada al sentido de culpa, la muerte ciertamente proyectará su pálida sombra sobre todas nuestras perspectivas y pondrá un círculo alrededor de nuestros pasos con oscuros presagios de la tumba. Las alarmas de la conciencia generalmente son acompañadas de los pensamientos del juicio que se aproxima, pero la paz dada por la sangre es a prueba de conciencia, a prueba de enfermedad, a prueba de muerte, a prueba del diablo, a prueba de juicio y será a prueba de eternidad. Nos podrán alarmar las sacudidas de la presencia y todo el recuerdo de la corrupción pasada, pero sólo permite que nuestros ojos descansen en tu amada cruz, oh Jesús y nuestra conciencia tiene paz con Dios y podemos descansar y estar tranquilos. Ahora nos preguntamos si alguno de estos sistemas modernos de teología puede aquietar a una conciencia atormentada. Nos gustaría compartir con ellos algunos casos con los que nos encontramos algunas veces—algunos casos desesperados—y decirles: “Bien, aquí, echa fuera a este demonio si puedes intentarlo”, y pienso que ellos se darán cuenta que este tipo de demonios no puede ser echado fuera sino solo por medio de las lágrimas, los gemidos, y la muerte de Jesucristo, el sacrificio de expiación. Un evangelio sin expiación puede funcionar muy bien para jovencitas y caballeros que no están conscientes de que alguna vez hicieron algo malo. Será adecuada simplemente para la gente apática que no tiene un corazón visible para los demás; personas que siempre han sido muy morales, derechos y respetables; que se sentirían insultados si les dijeras que merecen ser enviados al infierno; que ni por un momento aceptarían ser criaturas depravadas o caídas. El evangelio de estos modernos, me atrevo a repetir, será muy adecuado para este tipo de personas; pero nada más deja que un hombre sea realmente culpable y lo sepa; deja que verdaderamente esté consciente de su condición perdida y yo les aseguro que nadie sino Jesús—nadie sino Jesús, nada sino su preciosa sangre puede darle paz y descanso. Estas dos cosas entonces, nos recomiendan la doctrina de la expiación, ya que se adecua al entendimiento de los menos dotados y aquietará la conciencia del más atribulado.

Más aún, esta doctrina tiene la particular característica de *ablandar el corazón*. Hay en la historia del sacrificio de Cristo, un misterioso poder para ablandar y derretir. Conozco a una querida mujer cristiana que amaba a sus pequeños hijos y buscaba su salvación. Cuando oraba por ellos, consideraba correcto usar los mejores medios para ganar su atención y despertar sus mentes. Espero que todos ustedes hagan lo mismo.

Sin embargo, el medio que ella había considerado el más efectivo para su objetivo era el de los terrores del Señor. Ella acostumbraba leer a sus hijos, capítulo tras capítulo, el libro *Alarma para los Inconversos* de *Alleine*. ¡Oh, ese libro! Cuántos sueños provocó en su hijo, en las noches, acerca de devoradoras llamas y quemaduras permanentes. Sin embargo, el corazón del muchacho se fue endureciendo, como si se fuera templando en vez de derretirse en el horno del miedo. El martillo soldó el corazón al pecado, pero no lo rompió. Pero aún entonces, estando el corazón del muchacho endurecido, cuando escuchaba del amor de Jesús por su pueblo, aunque temía no ser uno de ellos, solía llorar al pensar que Jesús pudiera amar a alguien con esas características. Aun ahora que ha alcanzado la edad adulta, la ley y los terrores lo matan sin perturbarle, pero tu sangre Jesús, tu agonía en Getsemaní y sobre el madero, no puede resistir; lo derriten; su alma fluye en lágrimas a través de los ojos; llora hasta quedar vacío con amor agradecido hacia Ti por todo lo que has hecho. ¡Ay de aquellos que niegan la expiación! QUITAN el aguijón del sufrimiento de Cristo; y entonces, al quitarlo, suprimen la punta por medio de la cual los sufrimientos de Cristo traspasan y exploran y penetran en el corazón. Es debido a que Cristo sufrió por mis pecados, debido a que fue condenado que yo puedo ser absuelto y no ser condenado a causa de mi culpa: es esto lo que hace que sus sufrimientos sean un bálsamo para mi corazón—

***“Mira cómo en el sangriento madero,
el ilustre sufriente pende,
por los tormentos que te correspondían,
Él soportó los terribles dolores;
y saldó allí la pavorosa suma,
de todos los pecados presentes,
pasados y que han de venire.”***

En este mismo instante hay congregaciones reunidas en los teatros de Londres, y hay personas que les están hablando. No sé precisamente sobre qué tema les están hablando, pero sí sé cuál debería ser su tema. Si quieren alcanzar el intelecto de los que viven en los barrios bajos, si quieren tocar las conciencias de los que han sido ladrones y borrachos, si quieren derretir los corazones de los que se han tornado tercos y duros a lo largo de años de concupiscencia e iniquidad, sé que lo único que puede lograrlo es la muerte en el Calvario, las cinco heridas, el costado sangrante, el vinagre, los clavos y la lanza. Hay allí un poder para lograrlo que no se puede encontrar en ninguna otra parte del mundo.

Nos detendremos una vez más en este punto. Alabamos la doctrina de la expiación por que, además de adecuarse al entendimiento, aquietar la conciencia y derretir el corazón, sabemos que tiene poder para cambiar la vida exterior. Ningún hombre puede creer que Cristo sufrió por sus pecados y a la vez vivir en pecado. Ningún hombre puede creer que sus iniqui-

dades mataron a Cristo y a pesar de ello acariciarlas en su pecho. El efecto cierto y seguro de una verdadera fe en el sacrificio de expiación de Cristo es el de limpiar la vieja levadura, dedicar el alma a aquel que la compró con su sangre, y el compromiso de vengarse de aquellos pecados que clavaron a Cristo en el madero. Lo mejor es que esto se puede comprobar. Ve a cualquier barrio en Inglaterra donde viva un teólogo filósofo, que haya eliminado completamente la expiación de su predicación y si no encuentras mas prostitutas y ladrones y borrachos, de lo que es usual, entonces estoy completamente equivocado: pero por otro lado, ve a otro barrio donde se predica la expiación, con rígida integridad y seriedad amorosa, y si no encuentras que las cantinas se están quedando vacías, y las tiendas están cerradas los domingos, y que la gente vive con honestidad y rectitud, entonces habré observado al mundo en vano. Conocí en una ocasión un pueblo que posiblemente era el peor pueblo de Inglaterra por muchas razones; donde muchas destilerías ilícitas estaban produciendo su nocivo licor a un fabricante que no pagaba impuestos al gobierno, y donde, en conexión con lo mismo, abundaba toda clase de desorden y de iniquidad. A ese pueblo fue un joven, que no era mas que un muchacho, sin mucha educación formal y que era tosco y algunas veces hasta vulgar. Comenzó a predicar allí, y quiso Dios sacudir a ese pueblo, y en muy poco tiempo la pequeña capilla con techumbre de paja estaba atestada y los mas grandes vagabundos del pueblo lloraban a mares y quienes habían sido la maldición del barrio se convirtieron en su bendición; y donde antes hubo todo tipo de robos y fechorías en todo el vecindario, ya no hubo más, porque los hombres que las hacían se encontraban en la casa de Dios, gozándose al escuchar de Jesús crucificado. Escúchenme bien, no les estoy diciendo ahora una historia exagerada, ni una cosa que yo no sé. Pero esta cosa recuerdo claramente para alabanza de Dios, quiso el Señor hacer signos y maravillas en nuestro medio. Él mostró el poder del nombre de Jesús y nos hizo testigos de ese evangelio que gana almas, que atrae corazones renuentes y moldea de manera nueva la vida y la conducta de los hombres. Hay algunos hermanos aquí que van a los refugios y hogares para hablar con esas pobres muchachas caídas que han sido rescatadas. Me pregunto qué harían si no llevaran consigo el evangelio a las moradas de la miseria y de la vergüenza. Si llevaran consigo una hoja arrancada de un manual de teología, y fueran y les hablaran con palabras y con filosofías rimbombantes ¿qué bien les podrían proporcionar? Pues bien, lo que no es bueno para ellas no es bueno para nosotros. Queremos algo que podamos entender, algo en que podamos confiar, algo que podamos sentir; algo que dé forma a nuestro carácter y a nuestra conversación, y que nos haga semejantes a Cristo.

II. En segundo lugar, uno o dos puntos A MODO DE EXHORTACIÓN. Hombre cristiano, tu crees que tus pecados han sido perdonados y que Cristo ha hecho una expiación completa por ellos. ¿Qué te diremos a ti? ¡A ti te diremos en primer lugar que debes ser un cristiano muy alegre! ¡Que debes vivir por sobre las pruebas y los problemas comunes del mundo! Puesto que el pecado ha sido perdonado ¿qué importancia tiene lo que te suceda ahora? Lutero decía: “Golpéame, Señor, golpéame, puesto que mi pecado ha sido perdonado; si Tu te has dignado perdonarme, golpéame tan duro como quieras”; era como si se sintiera como un niño que había hecho algo malo y no le importara cómo su padre pudiera darle una paliza si al fin lo perdonaba. Pienso que tú puedes decir: “Envíame enfermedad, pobreza, pérdidas, cruces, calumnias, persecución, lo que quieras, Tú me has perdonado y mi alma está contenta y mi espíritu se regocija.”

Y entonces, cristiano, si eres salvo y Cristo realmente tomó tu pecado, mientras eres feliz, *sé agradecido y lleno de amor*. Cuélgate de esa cruz que limpió tu pecado; sirve a quien te sirvió. “Así que, hermanos, os ruego por las misericordias de Dios que presentéis vuestros cuerpos como sacrificio vivo, santo y agradable a Dios, que es vuestro culto racional”. Deja que tu celo no quepa en sí con la ebullición de una canción. Puedes decir—

“Amo a mi Dios con tan gran celo, que podría darle todo,”

pero no entonces estas palabras a menos que las sientas verdaderamente. ¡Oh, siéntelas en serio! ¿No hay nada que hagas en tu vida porque pertenesces a Cristo? ¿No estás alguna vez ansioso de mostrar tu amor con algunas muestras expresivas? Ama a los hermanos del que te amó a ti. Si hay algún Mefiboset en algún lado que cojea o está lisiado, ayúdale por causa de Jonatán. Si hay algún pobre creyente atribulado, intenta llorar con él, y lleva su cruz por causa del que lloró por ti y llevó tus pecados.

Y aún más, cristiano, si es cierto que hay una expiación hecha por el pecado, *proclámala, proclámala, proclámala*; “no todos podemos predicar”, dirás tú; no, pero proclámala, proclámala. “No podría preparar un sermón”; proclámala; cuenta la historia; comenta el misterio y la maravilla del amor de Cristo. “Pero nunca tendré una congregación”; cuéntala en tu casa; coméntala junto a la chimenea. “Pero sólo tengo niños muy pequeños”; entonces cuéntasela a ellos y déjales conocer el dulce misterio de la cruz y la bendita historia de Aquel que vivió y murió por los pecadores. Cuéntala, porque no sabes en qué oídos puede caer. Cuéntala a menudo, por que así tendrás una mayor esperanza de convertir a pecadores a Cristo. Si careces de talento, si no tienes los dones de la oratoria, gózate de tus carencias y glóriate en tu debilidad para que el poder de Cristo descanse sobre ti, pero de todas maneras cuéntala. A veces hay algunos jóvenes que se lanzan a predicar que mejor deberían controlar sus lenguas,

pero hay otros muchos que poseen dones y habilidades que podrían utilizar para Cristo, pero da la impresión que tienen amarrada la lengua. He dicho a menudo que si enlistas a un joven en el ejército, siempre tiene algo que hacer, y él pone el corazón en ello; pero si el mismo joven se une a una iglesia, entonces su nombre queda en el libro de registros, y se ha bautizado, y así sucesivamente, y piensa que no tiene nada más que hacer al respecto. Hermanos, no me gusta tener miembros en la iglesia que sienten que pueden descargar la responsabilidad en unos cuantos mientras ellos mismos se sientan tranquilos. Esa no es la manera de ganar batallas. Si en la batalla de Waterloo, nueve de cada diez soldados hubieran dicho: “Bien, no necesitamos pelear; dejaremos que luchen unos pocos, allí están; dejémoslos que vayan y hagan todo”. Si ellos hubieran dicho esto, pronto hubieran sido hechos pedazos. Todos tienen que tomar su turno, caballería e infantería y artillería; hombres con armas ligeras y toda clase de hombres; deben marchar a la refriega; sí, y aun los guardias, si son mantenidos como reserva hasta el fin, deben ser llamados: “Guardias, listos y a la carga”; y si hay algunos entre ustedes aquí que son ancianos o ancianas que piensan que son como los guardias que deben ser dispensados del conflicto pesado, aún así, listos y a la carga, pues el mundo los necesita ahora a todos ustedes, y puesto que Cristo los ha comprado con su sangre, les suplico que no estén tranquilos hasta que hayan peleado por Él, y hayan obtenido la victoria por medio de su nombre. Proclamen la expiación; proclámenla; proclámenla; con voz de trueno proclámenla; si, con muchas voces entremezcladas como el sonido de rugientes aguas; proclámenla hasta que los habitantes del más remoto desierto hayan escuchado su proclamación. Proclámenla hasta que no haya nunca ni una choza en la montaña donde no se conozca de ella, ni un barco sobre el mar donde la historia no haya sido contada. Proclámenla hasta que no haya mas un callejón oscuro que no haya sido iluminado por su luz, ni una guarida detestable que no haya sido limpiada por su poder. Proclamen la historia que Cristo murió por los impíos.

Con una palabra de aplicación práctica para los incrédulos, llegaré a una conclusión. Incrédulo, si Dios no puede perdonar y no perdonará los pecados de hombres arrepentidos si Cristo no asume su castigo, ten la certeza que Él te traerá a juicio. Si Cristo, el Hijo de Dios fue golpeado por Dios al imputársele el pecado ¿cómo no habrá de golpearte a ti cuando eres su enemigo, teniendo tus propios pecados sobre tu cabeza? Pareció que Dios hizo un juramento en el Calvario -¡pecador, escúchalo! Pareció que Él hizo un juramento diciendo: “Juro por la sangre de mi Hijo que el pecado debe de ser castigado”, y si no es castigado en Cristo por cuenta de ustedes, será castigado en ustedes por causa de ustedes mismos.

¿Cristo es tuyo, pecador? ¿murió por ti? ¿has puesto tu confianza en Él? Si lo has hecho, Él murió por ti. ¿Dices: “no, yo no he puesto mi confianza en Él? Entonces recuerda que si vives y mueres sin fe en Cristo, por cada palabra vana y por cada acto ilícito que hayas hecho, punto por punto, y golpe por golpe, la venganza debe castigarte.

Una palabra mas de aplicación práctica para ustedes. Si Dios ha hecho la expiación en Cristo y ha abierto un camino de salvación, ¿cuál no será la culpa de los que traten de abrir otro camino; de los que dicen: “Seré bueno y virtuoso; asistiré a las ceremonias; yo me salvaré a mí mismo”? Qué tonto eres, has insultado a Dios en su punto mas delicado, puesto que has insultado a su Hijo. Has dicho: “Me las puedo arreglar sin esa sangre”; de hecho, has pisoteado la sangre de Cristo y has dicho: “No la necesito”. Oh, si el pecador que se arrepiente no será condenado, con cuantos terrores acumulados será condenado el que, además de su impenitencia, acumula afrentas sobre la persona de Cristo al querer establecer su propia justicia. Déjala; deja tus harapos, nunca podrás hacer un vestido con ellos; abandona tu tesoro despilfarrado; es una falsificación; renuncia a él. Te aconsejo que compres de Cristo un vestido fino, para que puedas estar debidamente vestido, y también oro fino para que puedas ser rico.

¡Y consideren esto, cada uno de ustedes, que me están oyendo! Si Cristo ha hecho expiación por los impíos, entonces permitan que esta pregunta circule, permitan que circule por los pasillos y por la galería, y que resuene en cada corazón, y que sea repetida por cada labio: “¿Y por qué no para mí también?” “¿Y por qué no para mí también?” Ten esperanza, pecador, ten esperanza; Él murió por los impíos. Si se dijera que murió por los piadosos, no habría esperanza para ti. Si estuviera escrito que murió por los buenos, los excelentes, y los perfectos, entonces no tendrías ninguna oportunidad. Pero Él murió por los impíos; y tú eres uno de ellos; ¿qué razón puedes argumentar para concluir que Él no murió por ti? Escúchame, hombre; esto es lo que Cristo tiene que decirte: “Cree, y serás salvo”; esto es, confía, y serás salvo. Pon tu alma en las manos de aquel que llevó tu peso sobre la cruz; confía en Él ahora. Él murió por ti; tu fe es la mejor evidencia para nosotros, y para ti es la prueba de que Cristo te compró con su sangre. No te demores; no esperes a llegar a casa para ofrecer una plegaria. Confía en Cristo con toda tu alma ahora. No tienes nada más en que confiar; apóyate en Él. Vas hacia abajo; vas hacia abajo. Las olas se están arremolinando a tu alrededor y pronto te van tragar, y tu oirás su gorgoteo cuando te estés hundiendo. Mira, Él te extiende su mano. “Pecador”, te dice, “Yo te sostendré; aunque las olas ardientes del infierno se estrellen contra ti, yo te libraré de ellas, sólo confía en mí”. ¿Qué dices a esto, pecador? ¿Confiarás en Él? ¡Oh alma mía, recuerda el

momento en que confié en Él por primera vez! Hay gozo en el cielo cuando un pecador se arrepiente, pero difícilmente creo que sea un gozo mayor al gozo del pecador arrepentido cuando encuentra a Cristo por primera vez. Para mí fue tan simple y tan sencillo cuando lo supe. Sólo tenía que mirar y vivir, solo tenía que confiar y ser salvo. Año tras año había estado corriendo de aquí para allá tratando de hacer lo que ya había sido hecho, para estar listo para aquello que no requería ninguna preparación ¡Oh, cuán feliz fue el día en que me aventuré a pasar por la puerta abierta de su misericordia, sentarme a la mesa preparada de su gracia, y comer y beber sin preguntar nada! ¡Oh alma, haz lo mismo! Anímate. Confía en Cristo, y si Él te rechaza habiendo tú confiado en Él-mi alma por la tuya cuando nos encontremos frente al tribunal de Dios, yo seré tu prenda y tu promesa en el último gran día si lo necesitas; pero Él no puede rechazar ni rechazará a nadie que venga a Él por medio de la fe. ¡Que Dios nos acepte y nos bendiga a todos, por medio de Jesucristo! Amén.

<http://www.spurgeon.com.mx>

Oren diariamente por los hermanos Allan Roman y Thomas Montgomery, en la Ciudad de México. Oren porque el Espíritu Santo de nuestro Señor los fortifique y anime en su esfuerzo por traducir los sermones del Hermano Spurgeon al español y ponerlos en Internet.

Sermón #446, Volumen 8

The Old, Old Story